

## CAPITULO LXXI.

### RECUERDOS.

*Días 11 y 12 de Noviembre.*

Lo confieso. Cuando tu tribuna, ¡oh Francia! estaba muda, tu República muerta, tu soberanía borrada; cuando un César seguido de sus pretorianos, ponía un trono de Bajo Imperio sobre tus hereúleas espaldas y cruzaba con su latigo tu conciencia, yo, yo te maldecía, porque yo Francia, te odiaba. ¡Cuántas veces, al volver de mis solitarios paseos por París, fijaba los ojos en tu soberbio arco de triunfo, y viendo al jóven de Rude con la espada de la República en las manos y las estrofas de la Marsellesa en los labios, semejante á uno de aquellos héroes griegos que iban á morir en las Termópilas, decía para mí; tú, estatua, tú eres el único recuerdo que ya queda de aquella Francia que amamantó nuestras almas con el licor sagrado de las ideas republicanas; pero recuerdo de piedra, recuerdo de muerte, recuerdo frio como el mármol de los sepulcros! Y más abajo, allá en lontananza aparecía sobre los celajes oscuros la cúpula de los Inválidos, áurea, resplandeciente, como una corona gigantesca

puesta sobre el sepulcro faraónico del Emperador de los Emperadores, del rey de los reyes, de aquel que en quince años de vertiginosas batallas creyó haber robado á la fortuna su rueda, y á la muerte su guadaña. Y entonces, oprimido el corazón por los recuerdos que exhalaba aquella tumbá y decía para mí: adora, pueblo francés, adora esos trofeos; sacrificales la libertad y la justicia; sigue la sombra que de ahí se escapa; ten la loca ilusión de que un hombre es un talisman, de que una dinastía vincula en sí la victoria; antepon las frágiles conquistas de tu espada á las eternas conquistas de tu pluma, los campamentos á las Asambleas, los ejércitos á los legisladores; y algun día sufrirás el castigo de tanta insensatez, yendo á morir con tu Imperio en el candente lecho de Baltasar y de Sardanápalo.

¡Pero cómo ha borrado á mis ojos Francia todas sus culpas! Su martirio ha sido una redención. Ya, ya ha expiado sus faltas. Ya, ya debe estar satisfecha la justicia; porque en las últimas catástrofes han sido aleccionadas todas sus generaciones. Desde que su Imperio

ha caído, desde que su César se ha entregado y la República ha venido, yo no recuerdo los eclipses de la conciencia francesa; yo sólo recuerdo sus luminosos días. En tropel vienen á mi mente la risa de Voltaire, que mató los ídolos de la Edad Media, como la risa de Luciano los ídolos del paganismo; las ideas de Condorcet y de Turgot que abrieron los horizontes infinitos del progreso á nuestras esperanzas; la voz de Mirabeau y de Vergniaud, que devolvían la palabra de la Agora y del Foro á los pueblos enmudecidos en las gemmonías del despotismo; la acción de Danton y de Carnot que derribaba los reyes y despertaba con los clarines de la República la conciencia universal, trazándome en todos estos recuerdos aquella alma de Francia que abolió la esclavitud en América y el feudalismo en Europa, y grabó con las chispas eléctricas de la re-

volucion los derechos fundamentales en el espíritu de la humanidad.

Pero si todos estos recuerdos no bastaran, bastaríanme para amar á Francia sus recientes desgracias. Siempre los pueblos desgraciados han tenido mi corazón y mi inteligencia. Yo recuerdo las desventuras de Italia; y como la prensa, como la tribuna, como la poesía armaron los ejércitos y los condujeron ébrios de ideas, á levantar la losa del sepulcro de mármol donde yacía exánime la eterna musa de la historia. Y ahora cuando la última negra estela de las invasiones germánicas se ha borrado en las lagunas de San Márcos, la última huella de las áureas arenas del Lido, reaparece esa invasión germánica en la tierra de Francia, que sean cualesquiera sus faltas, eternamente brillará en el mundo como la tierra madre de la democracia europea.

## CAPITULO LXXII.

### OTRA VISITA Á FRANCIA.

Yo que tantas verdades amarguísimas dije á la nación francesa en los días de su omnipotencia, no quise dejar de verla en los días de su terrible adversidad. No sé por qué; pero su cielo siempre triste para ojos habituados al esplendor de nuestro cielo, estaba más triste que de ordinario. Las gotas de lluvia que destilaban sus nubes me parecían lágrimas, y lágrimas amargas. El oleaje del Océano que lame nuestras respectivas fronteras, sonaba en mis oídos como un sollozo. Sus poblaciones amenazadas de asedios, de incendios, de matanzas, desgarraban mi alma. Ayer alegres, son hoy tristes habitaciones del infortunio, como los mitológicos infiernos, asiento del dolor. La guerra, encendida por caprichos dinásticos; la guerra empeñada á una señal de los Césares; la guerra costará á los dos pueblos cien mil millones de francos en su fortuna, y un millón de hombres en su población, quizá el atraso intelectual y moral de medio siglo; la guerra sembrará ódios implacables, convertirá en furias el génio de dos razas nacidas para comuni-

carse sus trabajos, sus ideas; todo porque un César quiere conservar su título de emperador de Francia, y otro César aspira á conseguir el título de emperador de Alemania.

¡Y nos llamaremos pueblos civilizados! Los circos donde bajaban los gladiadores á morir sobre la férvida arena; los dolmenes donde se inmolvaban las víctimas humanas por la crueldad de dioses antropófagos, no fueron jamás tan maldecidos en la historia como habían de serlo en lo porvenir nuestros campos de batalla.

*Días 13, 14 y 15 de Noviembre.*

Las ciudades francesas, aun aquellas más apartadas de la guerra, demostraban á primera vista la triste situación de Francia. Burdeos me pareció melancólica, cual cumple á su desgracia; pero decidida y enérgica. Su aspecto monumental, sus anchas calles, sus soberbios edificios daban cierta solemnidad á su tristeza. En las plazas, en los magníficos paseos, la Guardia nacional maniobra. En los teatros, los partidos se reúnen y hablan. Las esquinas están llenas de telégra-

mas. Los aires henchidos con los gritos de los vendedores de periódicos. La bandera tricolor ondea sobre los edificios públicos; pero no queda ni una de las águilas antiguamente esculpidas, ni una de las señales que eran distintivo del Imperio. Francia se ha quitado su librea.

Entramos en un establecimiento público, y detrás de nosotros entró un robusto anciano pobremente vestido. En su rostro se pintaban las señales del dolor y de la fatiga. Nos tendió la mano en ademán de una limosna, y nos dijo: soy de Lorena. Era propietario y ya no tengo nada. Mi aldea, la aldea de San Nicolás, ha sido incendiada. Sólo queda de pie la casa del boticario. La han perdonado porque la han convertido en hospitalillo donde recogen los heridos que caen á las misteriosas balas de los franco-tiradores. Mi ganado, todo mi ganado, ha desaparecido. Esos malditos alemanes entran en nuestros establos, matan y despellejan las reses, asan sus carnes por ensalmo, y las devoran con un hambre increíble. Los riñones suelen salarlos rápidamente y engullírselos crudos. El tocino es su alimento favorito. Más de cuatro, más de cinco han muerto de indigestión. Los médicos les creían envenenados y han hecho su autopsia. Tenían el estómago empedrado de lonjas de tocino que no hubiera digerido un tiburón. No me han dejado una res. Y toda mi familia anda dispersa. De mi mujer nada sé. Mis dos hijos se encuentran hoy sobre las armas en los muros de París. Yo voy á Tolosa en busca de mi cuñado, allí residente, para que me albergue. Soy de Lorena, y

por consecuencia, ya no soy francés.....

Aquel hombre, que había contado su ruina, la separación de los suyos con ojos enjutos y voz entera, al llegar á esta afirmación, al decir que no tenía patria, lanzó un sollozo amarguísimo que, agolpando á mi corazón todo el amor inspirado por nuestra heroica España á sus hijos, me hizo sentir profunda compasión, á cuyo impulso las lágrimas cayeron involuntariamente de mis ojos, y se mezclaron con sus lágrimas.

Un consuelo, sin embargo, nos estaba reservado al salir. En una esquina habíanse fijado varios telégramas, y la multitud los recitaba en voz alta con alegría indefinible. Era la noticia de la victoria de Orleans. Este nombre tiene algo de mágico. Recuerda al ménos que en pasados tiempos Francia se encontró tan expuesta á morir como hoy, salvándose por un milagro de la fé. ¡Ah! la fé cambia de objeto; pero queda siempre igualmente milagrosa y fecunda. Otros siglos tuvieron fé en el dogma; nuestro siglo tiene fé en la razón. Otros siglos creyeron en la autoridad; nuestro siglo cree en la libertad. La fé puede cambiar de objeto, pero no puede cambiar de virtualidad y de fuerza. Tened, tened fé en la independencia de los pueblos y en la República; tened, franceses, fé; abominad de aquellos tiempos en que entregábais vuestra inteligencia y vuestra voluntad á un hombre; volved á crearos por una evocación al ideal, por un rejuvenecimiento de la conciencia; y hareis el milagro de salvar á Francia, y con Francia la libertad del mundo.

## CAPITULO LXXII.

### LA GUERRA NACIONAL.

*Días 16 y 17 de Noviembre.*

De Burdeos pasamos á Tours. En el trayecto departimos con varios militares. Algunos de ellos se habían escapado, con gran peligro de sus vidas, á la infame capitulación de Metz. Nos han vendido, decían. Dejaron construir una fortaleza tan formidable como nuestras mismas fortalezas. Desde el 4 de Setiembre disminuyeron los combates. A la pelea sucedió la intriga. De fuera venían misteriosos emisarios, y dentro se celebraban conciliábulos continuos. Circulaban á cada momento noticias terribles. París era un campo de batalla donde luchaban franceses con franceses, hermanos con hermanos. Las campiñas estaban llenas de salteadores. Los días del terror habían vuelto. El incendio, las matanzas, el pillaje, reinaban en la República francesa. Muchas ciudades habían pedido guarniciones prusianas. El único iris de Francia, la emperatriz y su hijo. Tal era el cuadro que presentaban á nuestros ojos, amenazándonos con la escasez de víveres, cuando ya nos habíamos habituado á la carne de caballo

y aun teníamos caballos que devorar. Nos han vendido. Metz será considerado por la historia como el epílogo de Sedan.

Estos militares nos dieron noticias del estado de la invasión, que en la memoria conservadas, no pueden tener una exactitud rigurosa. El territorio invadido forma una herradura gigantesca. La parte occidental de la invasión, que comprende Versalles y París, termina en los alrededores de Orleans. La parte oriental termina en Dijon. El Norte forma lo que podíamos llamar el arco de círculo apoyado en estos dos extremos. De veinte á veintitres departamentos sufren el terrible azote. Veinticuatro plazas fuertes hay en este inmenso espacio. De ellas diez se hallan sitiadas, once sometidas y tres libres. Ocho-cientos cincuenta kilómetros mide la invasión, atravesados de líneas férreas que en varias direcciones se bifurcan.

Los nudos estratégicos de esta vastísima irrupción vienen á ser: 1.º La ciudad de Estrasburgo, la cual apoya el ejército alemán que se dirige hácia Lyon. 2.º Metz, que apo-

ya el ejército del Oeste, es decir, el ejército de París, cuyas vanguardias han llegado hasta Orleans. 3.º Soissons y Laon, plazas de menor importancia, que representan análogo destino para los ejércitos destacados al Noroeste.

Esta inmensa extensión de sus operaciones hace que el ejército prusiano se encuentre en gravísimo peligro; porque acampado sobre una tierra hostil, á la menor incomunicación, á la menor ruptura de las grandes líneas que lo ligan con Alemania y que vienen á ser como sus venas, estaría perdido. Unas cuantas guerrillas organizadas como las organizó Mina en la guerra de la Independencia, con las que tenía en jaque todo el ejército francés de Alava, Rioja, Aragón y Navarra; unas operaciones como las admirables y nunca bastante alabadas, bajo el aspecto militar, de Zumalacárregui en la guerra civil, que hostigaban y fatigaban con gran desproporción de fuerzas uno de nuestros primeros ejércitos, serían parte á destrozar á los prusianos, los cuales no resistirían, no, á media semana de aislamiento é incomunicación. Los mismos prisioneros alemanes en sus conversaciones dicen que el plan de Moltke, concebido con tanta madurez y realizado con tanto esmero, tiene este lado flaco.

Frente á Orleans se encuentra el ejército que hasta hoy ha mandado Tann, fuerte de cincuenta mil hombres, y cuyo objeto es impedir al ejército francés del Loire avanzar hácia París. A doscientos kilómetros, descendiendo hácia el Sur, opera el ejército de Werder, el cual ha llegado hasta Dijon, ganándolo y perdiéndolo, y volviendo á ganarlo en varios encuentros. El ejército que ha sitiado á Metz se divide en dos grandes cuerpos. Difícil es adivinar su destino. Pero todas las probabilidades anuncian que uno de estos cuerpos se dirige á las órdenes de Manteuffel hácia el Norte, mientras el otro, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, se dirige hácia el Sur para apoyar los dos ejércitos de

Orleans y de Dijon, llenando el inmenso espacio que hay desde las orillas del Loira hasta las orillas del Saona. Ligados estos tres ejércitos, formarían una barrera formidable que opondría á los esfuerzos del Mediodía y de sus legiones para libertar á París.

La situación del ejército francés no puede con tanta claridad ser señalada y comprendida. El primer ejército, es el ejército del Loira organizado bajo la inmediata disposición del gobierno de Tours. Hay optimistas que elevan la cifra de este ejército á 200.000 hombres, y su material de artillería á 400 cañones. Pero si no alcanza á este número, con seguridad puede decirse que el ejército del Loira tiene 100.000 combatientes. El destinado á proteger los puertos del Norte y del Oeste es el que á las órdenes de Keratry se organiza, y cuyo cuartel general se encuentra en Finisterre. Lila da su nombre á un ejército compuesto de 80.000 combatientes, bajo las órdenes de Bourbaky, ejército llamado á la maniobra de atacar alguno de los puntos donde acampan los sitiadores de París.

Al Este los voluntarios componen el mayor número. La naturaleza de estas tropas demuestra que allí se intenta la guerra á la española, á la americana, la guerra espontánea, en desorden, nacida del momento, de la inspiración, es decir, la guerra de guerrillas. El general Michel manda una parte de estas tropas. Y Garibaldi, el general de las batallas populares, el triunfador de los momentos decisivos, el héroe de la inspiración y de la fé, extiende sobre todos estos soldados su prodigioso génio.

A estas fuerzas hay que unir las tropas del Mediodía, compuestas de guardias movilizadas y que toman el nombre de ejército de Lyon, cuyo ministerio es la defensa del gran valle del Ródano. Y además, el ejército de París, que cuenta seiscientos mil hombres muy aguerridos y muy fogueados en esos diarios encuentros en que han mostrado su valor y su pericia.

Todas estas fuerzas han sido organizadas desde el día 4 de Setiembre, desde el día en que la República devolvió al pueblo sus derechos, á Francia su destino en el mundo. En dos meses la defensa nacional está organizada, y la victoria, como si quisiera responder á tan heroicos llamamientos, devuelta en Orleans á Francia, en Orleans, donde ha brotado nuevamente la furia del ejército que parecía extinguida, la esperanza del pueblo, que pare-

cia muerta para siempre. Francia está de pié, libre de las cadenas que la oprimían y la vejaban. La idea nueva le ha renovado el sangre. Su salvación será el milagro de su República. Creamos firmemente que la justicia es una fuerza en el mundo. Creamos que la libertad puede aun borrar las sentencias del destino. Yo nunca he pensado que la razón esté destinada á sucumbir definitivamente en la presente lucha.